

Los pájaros del bosque (1964) **Leonor Picchetti**

Por Augusto Munaro*

En 2015 en la remota y elevada localidad de Maimará, departamento de Tilcara, provincia de Jujuy, moría una mujer de 73 años de edad. De su biografía, ese rizoma de ilusiones y frustraciones en el que toda persona está destinada, nos basta saber que se llamaba Leonor Picchetti y medio siglo antes había escrito dos novelas breves: *Los pájaros del bosque* (1964) y *La palabra mágica* (1966). Ningún diario argentino cubrió el hecho, ni siquiera lo mencionó.

En *Los pájaros del bosque*, Picchetti cuenta el mito de la infancia y la inocencia, el descubrimiento del sexo y la adolescencia. ¿Pero es eso realmente *Los pájaros del bosque*? Antes que nada, es un grito, un grito de auxilio. La necesidad de hablarles a los demás acerca de una desventura íntima y desgarrante. Un amor prohibido y sus secuelas, que se convierten en una denuncia a la sociedad de la época, incluso a la obligación de permanecer en ella a pesar de sentirse en rebelión contra la misma.

* Nació en 1980 en Buenos Aires, Argentina. Es poeta, narrador, traductor, editor, periodista y lector incansable. A la fecha lleva publicados más de treinta libros. Algunos de ellos son: *El cráneo de Miss Siddal* (2011), *Cul-de-sac* (2012), *Gesta Cornú* (2013), *Camino de las Damas* (2014), *Islandia* (2015), *A la hora de la siesta* (2016), *Celuloide* (2017), *El busto de Chaira* (2018), *Las cartas secretas de Georges de Broca* (2019), *El rapto de Helmut Kelsen* (2020), y *La mansión púrpura* (2021). Cada libro suyo está escrito a través de un procedimiento diferente.

Es una obra profundamente personal, de modo que es probable que el libro sea de franco corte autobiográfico: María Pragma, la protagonista, como Picchetti, es estudiante de arquitectura, tiene diecinueve años, al igual que la autora cuando escribía el libro; y, sobre todo, es personal por los diálogos, cuya temperatura testimonial tiene una extraña calidez de confesión. Esa fluidez sin filtro de lo íntimo. Un grado de transparencia que sólo la pureza de lo que verdaderamente ocurrió puede tener.

Picchetti no es la primera autora jujeña, ni la última. Están Néstor Groppa, Héctor Tizón, Libertad Demitrópulos, entre otros. Pero todos ellos tuvieron una ventaja importante sobre ella: escribieron durante más de cincuenta años, tejiendo bibliografías frondosas. Es decir, la experiencia de una larga y rica vocación por la escritura. El caso de Picchetti es curioso, puesto que tras 1966, luego de su segunda *nouvelle*, no escribió más. Apenas unas doscientas páginas, en tres años de escritura. Y tras su repentina e intensísima experiencia con la misma, se perderá en el más absoluto de los anonimatos. Tenía entonces apenas veinticuatro años de edad. Leer hoy *Los pájaros del bosque* es una inquietante sorpresa. Podríamos ver toda la pequeña opus, como el desarrollo de una poética, o más bien, como la historia dialéctica de varias poéticas opuestas y complementarias. Su espíritu innovador construye una estética de especiales características formales y semánticas. Un audaz juego de recursos. Ese peculiar modo de organizar las ideas no ha envejecido en lo más mínimo, a pesar de ciertas alusiones de época que la historia explícita, como ser nombres de intelectuales, directores de cine en boga, y alguna marca de automóvil como el Valiant, lejos estamos de una red continua de referencias (la lógica de inventario). La trama bien podría desarrollarse

en cualquier otra latitud, pues el esquema formal permanecería igual de eficiente.

El mayor efecto de originalidad se revela en los diálogos de los adolescentes. En esos saltos temporales entre la María niña, la preadolescente y la María estudiante de arquitectura. Pero el pasado y presente se hacen indisolubles en esta narración. Al prescindir de capítulos o indicaciones tipográficas, las voces de la novela de Pichetti se direccionan hacia un único lugar posible: el presente. Esto ocurre sin transición alguna, es decir, sin etapas intermedias, sin un proceso lógico de cambio y de transformación. Acontece abruptamente, tras los cortes de la elipsis. La María niña es precedida por la adulta y viceversa. Los encastres temporales trazan en el lector una lógica inesperada. Una fuga particular de la imaginación.

El extraño rigor compositivo que resulta su estilo produce una realidad refractada como en un cuadro cubista, es decir, sin la perspectiva de profundidad que engendra el tiempo transcurrido. La lectura cobra un ritmo escurridizo y mutable. Una narración sin centro, y volátil, que discurre alrededor de la voz omnisciente de quien narra. A veces María se imagina modos de seducir al padre Bounard; otras, de naturaleza más inocente, como cuando se piensa como un pato, rodeada de su cría; y así. Su imaginación no tiene límites. Deslimita. Nos adentramos a la conciencia de María, donde la atención obsesiva desemboca en su objeto del deseo: Mauricio Fichther. No obstante, el libro no responde a los parámetros de novela de iniciación, ni mucho menos es de corte romántica.

María Pragda es una muchacha que estudia y cree vivir enamorada de Mauricio, compañero de curso. Estuvo antes en un internado religioso de monjas,

donde deseó apasionadamente al joven padre Bounard, debiéndose él trasladar al África, con el fin de evitar el escándalo institucional. Se sabe esto a medida que progresa la trama. María tiene padres divorciados y apáticos, personas de dinero que apenas ve, y les rehúye por considerarlos hipócritas y frívolos. Viven en Europa. Su padre en Suecia, y su madre, en París. Fue entonces criada por monjas y curas, bajo la estricta moral cristiana. Así, María es proclive a fantasear. A imaginarse amoríos con Bounard, y con el padre de su mejor amiga, Raquel, el señor Dugard. Ahora bien, no estamos ante una novela erótica, sino un libro más complejo, en capas de significado. La autora forja múltiples repliegues. Voces heterogéneas: la voz del cuerpo, la del deseo, la del miedo, la de la prohibición, la del otro y la de Dios. La epopeya interior de una mujer en el tránsito hacia la construcción de su identidad. María busca comunicar su angustia, su ansiedad por conocer íntimamente a Mauricio, ser comprendida por su amiga Raquel; por su hermano, pero por sobre todo, poder entender sus propios límites a raíz del trato con los otros. Toda la narración de la historia fluye en esa dinámica. La narradora busca amar y ser amada, pero también que los otros sientan como ella. No obstante, los adultos no le comprenden. Hablan de pureza, y la aíslan en un internado por desconfiados. Exigen fidelidad, y sus propios padres coleccionan amantes. Esta crisis se ve reflejada a través de los recurrentes y meticulosos diálogos. Sobre todo, aquellos mantenidos con su hermano Paúl, acaso el único verdadero confidente que ella tiene (y cómplice). Ambos fantasean el incesto; difamar a quienes obstruyan el camino de libertad que improvisaron juntos. Teorizan sobre un mundo ideal del que son excluidos por la hipocresía de quienes predicán sin el ejemplo.

Contemporánea a *Rayuela* (Cortázar) y *Nosotros dos* (Sánchez), *Los pájaros del bosque* apareció a través del porteño sello independiente Falbo Librero Editor. Una efímera aunque precursora editorial que influyó con su impronta vanguardista, en plenos años sesenta, a los posteriores Jorge Álvarez y Ediciones de la Flor. Falbo poseía en su catálogo a escritores como Borges, Estela Canto, pero también se arriesgaba a editarles los primeros libros a jóvenes promesas como eran entonces Miguel Briante (*Las hamacas voladoras*); Héctor Lastra (*Cuentos de mármol y hollín*); el malogrado Marcelo Fox (*Invitación a la masacre*), o la jovencísima Leonor Picchetti. El traductor y crítico Jaime Rest, uno de los presentadores de la novela en Buenos Aires, se apresuró en trazar toda una cartografía de filiaciones con autores tan disímiles como Joyce, Proust, Colette, Henry Miller, además de testificar ciertos ecos lejanos de los representantes de la “nueva novela” francesa (Michael Butor, Alain Robbe-Grillet); etc. Pero Picchetti es más que un crisol de influencias, un nuevo Prometeo literario. Antes que nada y por sobre todo, en su estilo único, es dueña de una prosa sensible hasta el grado más íntimo de su escrupulosa sintaxis. Hay, indudablemente, una marcada confluencia del psicoanálisis y Joyce, pero el monólogo interior, la corriente de conciencia que se aplica aquí es más densa y funcional respecto a la que estamos acostumbrados a leer. Explorando el pulso del instante, funda allí la base de su originalidad. Al no tener una línea discursiva hegemónica, debió optar por técnicas polifónicas. Ahora bien, que exista cierta transgresión lingüística, y de las coordenadas del tiempo, no implica que sea un texto acerca del divague, sino un texto que divaga sobre ciertos temas. ¿Cómo lo hace? Los diálogos y descripciones se van sucediendo

uno después de otro, en continuo, sin importar la lógica cronológica, ni quién los dice. Y en esos tramos tampoco hay itálicas, o negritas, o entrecorillados, ningún tipo de sugerencia que muestre quién dice qué cosa y mucho menos cuándo. En un mar de significados tramposamente homogéneos, adentrarse a la lectura de este libro es internarse en un mundo complejo y salvaje, de expresiones contrarias. Pero es posible discernirlas. Lejos estamos de la glosolalia de Emeterio Cerro o el reviente estructural de Horacio Romeu. Picchetti requiere de un lector activo, y perspicaz, que crea no en la casualidad, sino en la causalidad de las cosas. Así, más que por trama, la historia pareciera avanzar por manchas de recuerdos. Pero no busca retratar una incoherencia mental. Sino transcribir lo que la narradora piensa a medida que recuerda o conversa junto a otros. Todo en estricto presente.

La voz de Picchetti corresponde a la de una mujer que se rebela en un contexto patriarcal inflexible. Una voz patética que no encuentra eco en el otro, asfixiándose en sus deseos más íntimos. Es un discurso que flota, se disgrega, no puede constituir su territorio. Un lenguaje alucinado a medio camino entre el ayer y el mañana. En *Los pájaros del bosque*, María no puede ser completamente, mientras el peso doloroso del pasado se haga presente y viceversa. En consecuencia, sobrevive en una tierra de nadie. Un discurso sin territorio, un cuerpo sin acceso al placer. Un deseo que no se consume. Que no se termina de decidir entre el amor místico y el terrenal. Ese es el drama de esta narración que muere su propia cola.